

Polémicas del medio siglo

Emmanuel Carballo

Las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo xx atestiguaron el surgimiento de una generación literaria que renovó la escena cultural del país, pero que también enfrentó resistencias y antipatías de los grupos establecidos. El crítico Emmanuel Carballo, protagonista él mismo de esos años agitados y fértiles, hace el recuento de una época dorada en las letras mexicanas.

Llegué a la Ciudad de México el 13 de septiembre de 1953 becado por el Centro Mexicano de Escritores. Dependían de mí una mujer y una hija recién llegada y fervorosamente presentida. En el Centro conocí y traté, entre otros, a Rulfo, Arreola, Xirau, Carballido y Rosario Castellanos; también a una mujer buena, Margaret Shedd. Fui becario durante dos años, del 53 al 55. Trabajé sobre el único López Portillo conocido en ese entonces, el autor de *La parcela*. Gracias al Centro pude dedicarme de lleno a las letras.

Mi paso por El Colegio de México, del 55 al 57, fue provechoso. La sabiduría y honestidad de Antonio Alatorre, los juicios rotundos y con frecuencia acertados de Daniel Cosío Villegas (entonces profeta a la caza de discípulos), la agudeza de Manuel Calvillo me condujeron, de asombro en asombro, al conocimiento minucioso de Alfonso Reyes.

A don Alfonso debo proyectos de vida (algunos de ellos los abandoné años más tarde por considerarlos incompatibles con mi manera de pensar y vivir), propósitos vocacionales que aún hoy estimo definitivos (el amor a la palabra, la adhesión crítica hacia aquellos que cumplen de cierta manera tareas literarias, la entrega terca y lúcida al oficio de escritor) y enseñanzas perso-

nales que van desde la frivolidad (tras la que escondía su temperamento bullicioso y lúbrico) hasta la toma de decisiones en ciertos momentos en que pensar es una fatiga y sentir una catástrofe.

Quien sólo conozca los libros de Alfonso Reyes no puede decir que conoce íntegramente a don Alfonso. Reyes está y no está en sus libros: a veces comparece de cuerpo entero, en otras se oculta entre líneas maliciosa y eficazmente. Su vida y obra marcaron a algunos jóvenes de nuestra generación. Sus triunfos son nuestra bandera y sus caídas nuestros numerosos talones de Aquiles. Si en ocasiones peleo con la sombra del gran abuelo es el amor quien guía mi lápiz. A lápiz, siempre con la esperanza de usar el borrador, disiento de alguna de las opiniones de don Alfonso.

De inmediato, y gracias a Alí Chumacero (quien con infinita paciencia corrigió mis primeros artículos), entré a colaborar en el suplemento *México en la Cultura* del periódico *Novedades*. Escribir en el suplemento me produjo una de las mayores satisfacciones literarias que he gozado, comparable a la de haber intervenido como autor en una de las últimas entregas de la revista *Sur*, editada en Buenos Aires por Victoria Ocampo.

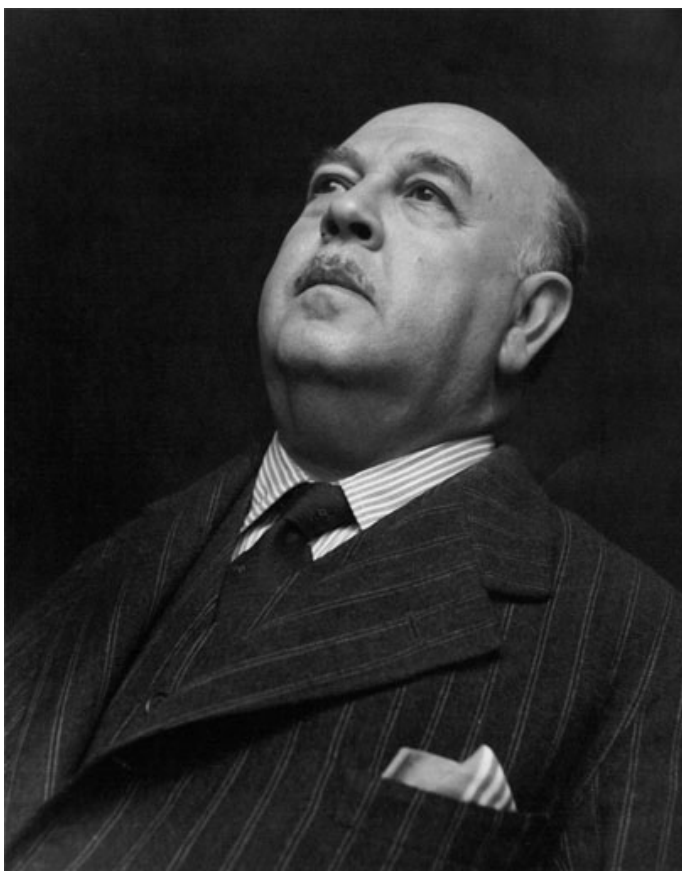
Lo consigno como dato curioso: al leer mis primeros trabajos críticos (disidentes, mordaces y en el fondo bien intencionados) ciertas personas creyeron que serían los últimos. Decir la “verdad” era y es todavía una cuestión reprobable y de mal gusto.

En las páginas de *México en la Cultura* se libraron batallas que fueron trascendentes para el desarrollo de las letras nacionales. Una de ellas, quizá la más importante, la dimos contra los escritores que cuidaban su mexicanidad con el mismo celo que las doncellas de provincia custodian su pureza. Ellos defendían el nacionalismo y nosotros la universalidad; ellos lo ancilar y nosotros lo puro. Con Alfonso Reyes como general en jefe salimos adelante. Los nacionalistas, por ejemplo, acusaban a Juan José Arreola de apátrida y a Juan Rulfo de enemigo de la Revolución mexicana. En esta disputa Carlos Fuentes dio las primeras muestras de su talento como polemista y hombre de ideas.

Brevemente, y por encima, enumero algunas otras victorias; convertir al escritor mexicano en noticia y a sus obras en mercancías acordes con el sistema capitalista; establecer, a un nivel más o menos profesional, la crítica de libros, cine, música y artes plásticas; difundir y revalorar la obra de nuestros clásicos vivos, y en ese momento ignorados, como Reyes, Vasconcelos, Guzmán, Torri y el grupo de los Contemporáneos; disfrutar, en su justa medida, la poesía y los ensayos de Octavio Paz; romper con la cultura oficial y sus representantes retóricos mal pertrechados; descubrir a Rulfo, Arreola, Fuentes y José Luis Cuevas; desgañarnos sin lograr respuesta afirmativa al proponer la lectura de escritores latinoamericanos, de las Antillas (representados por Lezama y Carpentier) y el Cono Sur, y exigir que se le diese carta de ciudadanía universal a Borges; dar a la entrevista y a la crónica categoría artística; practicar la política de puertas abiertas con todo aquel que tuviese talento y lo aplicara a partir de sus primeras obras; comprometer moral y teóricamente cuando así lo requerían los acontecimientos nacionales e internacionales.

México en la Cultura fue posible, por encima de todo, gracias a Fernando Benítez, tan sinuoso como intuitivo, que supo formar con nosotros un equipo que olvidaba sus pequeñas y grandes diferencias cuando defendía algunas de las mejores causas de la inteligencia mexicana.

Desde otro enfoque, menos optimista, *México en la Cultura*, como tantas otras publicaciones precedentes y posteriores, exudaba autosuficiencia, pedantería. Nos considerábamos los “talentosos”, “los elegidos” y quizá la historia nos reserve otro papel menos protagónico. Nuestro elitismo, en última instancia, además de hipócrita pecaba de aldeano. Los grupos cerrados se convierten, al correr del tiempo, en parodias de sí mismos.



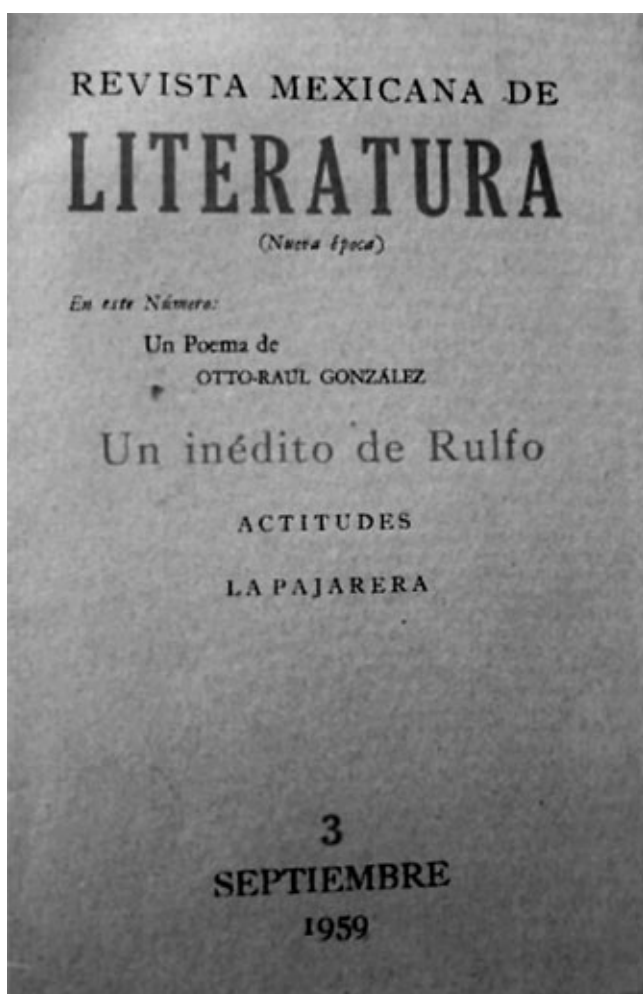
Alfonso Reyes

II

A principios de 1955 apareció el primer número de la *Revista Mexicana de Literatura* dirigida por Carlos Fuentes y por mí. En su momento fue una publicación que despertó los más encontrados pareceres (nuestro modelo mexicano inmediato fue *Contemporáneos*). Si se suman nuestro elitismo, la posición vanguardista que asumimos ante las artes y las letras, la actitud política que condenaba el estalinismo de los partidos comunistas y los evidentes desmanes del sistema capitalista se pueden entender las antipatías que concitamos y las adhesiones que promovimos. Los intelectuales de ese momento se vieron obligados a tomar partido: contra nosotros o a favor nuestro.

Los intelectuales de izquierda, sobre todos los ortodoxos, consideraron que nuestras obras estaban habitadas por el revisionismo (en el mejor de los casos) y la provocación. Según ellos éramos intelectuales pequeño-burgueses que se atrevían a enjuiciar el marxismo-leninismo sin haberlo siquiera entendido. En la práctica la lista de nuestros errores era impresionante.

Cito algunos de ellos, entreverando los pequeños con los mayúsculos: el menosprecio que mostrábamos frente al pensamiento de Stalin y su influjo en los países socialistas y los partidos que, en el mundo capitalista, seguían al pie de la letra sus enseñanzas. (Años más tarde, con



el deshielo, nuestros censores nos concedieron la razón, o parte de ella). El entusiasmo que nos produjo el derrocamiento de Perón era otra prueba de nuestro diletantismo reñido con la causa de las mayorías. Nuestra euforia (que hoy considero exagerada) fue comparada con la que expresaron, en textos visionarios, clasistas, Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges. Perón, dijimos, encarnaba el populismo, y éste, en ese momento, olía ya a pasado protegido en botella de formol. Nunca comprendimos que para ciertos astutos sectores políticos el caudillo continuaba políticamente vivo, incluso después de su muerte.

La simpatía que mostramos ante la primera conferencia afroasiática celebrada en Bandung y acerca de dos de sus postulados, el tercermundismo y la no alineación, fue vista, aunque ahora pueda parecer sectario, como una típica posición anticomunista. Al paso del tiempo esta simpatía llegó a convertirse, a escala internacional, en opción respetada y respetable.

Nuestra condena de los Estados Unidos (pongo un caso concreto: el golpe de Castillo Armas contra Arbenz, financiado y casi perpetrado por el Pentágono y la CIA) era poco de fiar para nuestros malquerientes. Exigían mayor cantidad de adjetivos en los textos y una definición más concreta en la vida diaria.

No les concedo razón en lo que toca a los epítetos de censura, sí en lo que se refiere a nuestra nula militancia política: en los primeros años de ejercicio, nues-

tra generación firmaba documentos y denuncias, tanto en contra de la oligarquía nacional como en contra de los atropellos cometidos por el Imperio en cualquier parte del mundo, pero en ningún momento sintió en carne propia la explotación que sufrían los obreros ni mostró solidaridad frente a los ultrajes cometidos sistemáticamente contra los campesinos, con o sin tierra. Heredamos de las generaciones anteriores, y la herencia la aceptamos con mansedumbre, el gusto por las ideas y el disgusto por las acciones concretas. Tal herencia, que no dilapidamos por completo, hoy me causa mal sabor de boca.

Otra de las fallas, según nuestros adversarios, tenía que ver con la manera en que practicábamos las letras y la forma en que las enjuiciábamos. Vuelvo a los ejemplos. *Los días enmascarados*, de Fuentes, fue visto como un libro escapista, burlón, que nada o casi nada decía sobre la problemática nacional. Y lo que mostraba no aludía a las avanzadas leyes sociales mexicanas. Les molestaba el uso de ciertos recursos sospechosos de la literatura fantástica. Al hacer uso de ellos, Fuentes daba la espalda al realismo (a cierto realismo de estirpe idealista), que era, según ellos, la única ruta correcta para contar los infortunios de los desposeídos. Últimos defensores de una estética en retirada, el realismo socialista, se encararon con la nueva manera de presentar la vida y la literatura desde un enfoque determinista más que dialéctico.

El júbilo con que comentábamos obras tan disímiles como *Libertad bajo palabra* de Paz, *Confabulario* de Arreola, *Pedro Páramo* de Rulfo e incluso *Al filo del agua* de Yáñez (que aparece en 1947) era una prueba de nuestro oscurantismo; a Arreola lo cosificaban como saltimbanqui dedicado a dar en sus textos inútiles piruetas éticas, ontológicas y metafísicas; a Rulfo no le perdonaban sus ataques a la reforma agraria, cuyos errores señalaba convincentemente en uno de sus cuentos, su vaga simpatía por los cristeros y la defensa espectral de cierto cacique latifundista; Yáñez purgaba el delito de reducir las causas de la Revolución de 1910 a simples estados de ánimo de lugareños enajenados por el clero y sus propias y ridículas rencillas de grupo marginado. Nuestros contrincantes reducían la literatura a la anécdota, contada con la simpleza de los maestros de escuela primaria, y olvidaban lo más importante, los valores expresivos.

Por salud mental casi no me ocuparé de los panegiristas; por lo pronto debo decir que eran casi tan despidados como nuestros detractores. No entendieron lo que era, o quiso ser, la *Revista Mexicana de Literatura* (los primeros doce números). O quizá nosotros fuimos poco claros al exponer los objetivos. Ellos creyeron piedadosamente que con nosotros regresaba al poder literario la gente de razón, la que pule, fija y da esplendor a las palabras, las ideas y las creencias. Para ellos la libertad es como el maná, sabe a lo que conviene en ese momento a sus intereses. Nosotros queríamos que supiera

a novedad y a todo ese archipiélago de palabras cómplices: amor, imaginación, utopía. No cabíamos dentro de nosotros mismos ni dentro del mundo que habitábamos. A la vuelta de la esquina nos esperaban el mayo francés y el octubre mexicano. Y a unas cuantas millas la esperanza de la Revolución cubana.

III

Esta suma de cosas atrajo la atención del mundo hacia América Latina: la revolución de los barbudos, los viejos mitos renacidos, el arte y sobre todo los sorprendentes escritores del *boom*: en esos años parecía que nuestro destino político podría cambiar, y para bien.

Cuba dividió a los escritores de nuestra edad, los nacidos a finales de los veinte y principios de los treinta. Unos colaboramos con Castro, otros se cruzaron de brazos y los menos se opusieron frontalmente. A partir de la toma de posición marxista-leninista de Fidel muchos abandonaron el barco. Yo me mantuve cerca de Fidel; Fuentes optó por un raro proyecto de democracia que tardará en llegar mucho tiempo si es que llega.

A lo largo de tres años, 1966-1968, comenzaron a surgir en los funcionarios cubanos, primero tímidamente, los errores y mojigaterías, después los disparates en algunos campos: la propagación extralógica de la teoría del foco, los desatinos del monocultivo, la ganadería heráldica, el trato injusto a los homosexuales, el control policial del pueblo desde los comités de defensa hasta la policía uniformada o vestida de civil. En buena medida hoy en Cuba la paz reposa en una trama hecha de

aciertos y desaciertos: funciona la educación, la salud, el apoyo integral a la familia y el temor (siempre subrayado por el gobierno) al ataque militar norteamericano; los ciudadanos apenas se atreven a decir en voz baja que están hartos de la perpetuación en el poder de esos, en un momento, admirables dirigentes.

Si para la generación de Octavio Paz la Guerra Civil española fue una mojonera que separaba la tradición de la vanguardia, para nosotros la Revolución cubana fue un estímulo que nos permitió romper con los marxistas y marxólogos criollos que en vez de enfrentar al enemigo natural centraban sus esfuerzos en destruirse unos a otros. La Revolución cubana nos permitió, por un breve lapso, que la alegría venciera a la tristeza. A partir de 2004 parece que la tristeza ganará a la alegría por muchos cuerpos.

IV

Durante el mandato de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), aparecen en México problemas que antes no se habían presentado a los gobiernos de la posrevolución. Las soluciones dadas a estos conflictos rompen violentamente con las reglas tácticas y estratégicas de la política mexicana basada en la habilidad, el doble juego, el respeto por las formas, la dureza ejercida con rostro humano y la chapucería retórica progresista tras de la cual encubre su subordinación al capital local y externo. El gobierno de Díaz Ordaz, viniese o no a cuento, fue directo, implacable, vengativo y sanguinario. Sordo y ciego impidió el ejercicio del diálogo. **U**



Daniel Cosío Villegas